

Rubén Bonifaz Nuño

JOSÉ G. MORENO DE ALBA

El primer Bonifaz Nuño al que conocí fue al poeta. Pocos años antes de que entrara a estudiar letras en esta Universidad, me deslumbró un libro, publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1961, que se llamaba *Fuego de pobres*. No era el primero de su autor; después me puse a leer los anteriores y, hasta estos días, sigo leyendo los que después han visto la luz. En todas sus obras la poesía es siempre nueva. Se trata, junto con Paz, Chumacero y Sabines, de uno de nuestros poetas mayores. Quizá uno de sus principales méritos es la construcción de un español coloquial sobre la base de los clásicos españoles, grecolatinos e indígenas. Pocos han sentido, como él en el libro citado, la melancólica pasión de las grandes ciudades, como nuestra sufrida capital:

Nadie sale. Parece
que cuando llueve en México, lo
[único
posible es encerrarse
desajustadamente en guerra mínima,
a pensar los ochenta minutos de la
[hora
en que es hora de lágrimas.

Sin embargo su mejor poesía es sin duda la amorosa. Uno de sus libros culminantes, en este sentido, es *Albur de amor*. Quiero empero transcribir un poema que no pertenece a ese célebre poemario, sino a otro, menos conocido, pero en el que logra una admirable fusión de barroquismo y habla popular. ¿Qué habrá sentido la actriz al leer el siguiente poema, del cuadernillo *Pulsera para Lucía Méndez* (1989)?:

Puro algodón de azúcar, o pantera
de raso, o brasa de oro sin cenizas,
ya vas; actriz, con la palabra hechizas
y la forma: lucía toda entera.

De electrónicas naves pasajera,
te proyectas, y ubicua te entronizas
si la pantalla breve canonizas
con tu estilo que prende y acelera.

Qué júbilo visual si cerca y lejos
—televisible— múltiple floreces
y te difundes, cuando al aire sales.

Si azúcar, brasa, raso de reflejos,
única tú, descuellas y amaneces
entre satélites y comerciales

Pocos años después, ya como estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras, conocí al segundo Bonifaz Nuño, al maestro.

No digo *profesor* sino *maestro* porque, hasta la fecha, él —con tantos doctorados y honores mercedísimos a cuestras— prefiere ese cariñoso, mexicano apelativo. Nos enseñaba, por entonces, con gran sabiduría e infinita paciencia, a traducir la perfecta sintaxis de *La guerra gálica* de César. Permítaseme reseñar una verídica anécdota autobiográfica. Al término de una de sus clases, me le acerqué y, con cierta dosis de la arrogancia propia de quien poco sabe, le dije que me parecía mejor mi versión de cierto pasaje que la que él nos proponía. Me oyó con atención y, con inmerecida cortesía, me pidió esperar su respuesta para la siguiente clase. Dos días después, entraba al aula don Rubén cargando no menos de seis gruesos volúmenes de diversos tratadistas de la prosa de César. Todos, obviamente, apoyaban la versión del maestro. No fue empero una muestra de prepotencia, a la que, por otra parte, habría tenido derecho, sino de verdadera amistad intelectual. Ya en mi doctorado, entre los dos traducimos el bello discurso de Cicerón en favor del poeta Arquías. Con sólo mi nombre como traductor, porque no aceptó quitarme crédito, anda todavía por



